



HEMEROTECA
MUNICIPAL

LA ILUSTRACION

de los



DIRECTOR PROPIETARIO
DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

LISTA DE LOS COLABORADORES

- | | | |
|--|---------------------------------|-------------------------------|
| Doña Ángela Grassi. | D. Vital Aza. | D. Víctor Navarro. |
| Doña Faustina Saez de Melgar. | D. Antonio Sanchez Perez. | D. Emilio Prieto y Villareal. |
| Doña Joaquina Balmaseda. | D. Antonio San Martin. | D. José Sanz de Diego. |
| Doña María del Pilar Sinués. | D. Ricardo Sepúlveda. | D. José María Medina. |
| Doña Robustiana Armiño. | D. Eleuterio Llofriu y Sagrera. | D. Félix de Leon y Olalla. |
| Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor | D. Antonio Sanchez Ramon. | D. Erivaldo P. de Azpillaga. |
| Excmo. Sr. D. Fernando Corradi. | D. Manuel Jorreto y Paniagua. | D. Enrique Benavent. |
| Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray. | D. Joaquin Olmedilla y Puig. | D. Pedro Escamilla. |
| Excmo. Sr. Baron de Córtes. | D. José Estremera. | D. Antonino Elías Romero. |
| Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells | D. Eusebio Sierra. | D. Narciso Diaz de Escovar. |
| Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas | D. Alfredo Escobar. | D. José Casafont. |
| Ilmo. Sr. D. Carlos Frontaura. | D. Vicente Regulez y Bravo. | D. Jaime Cigliano. |
| D. Juan Martinez Villergas. | D. Emilio Ferrari. | D. Mariano Sanchez Bruil. |
| D. Ventura Ruiz Aguilera. | D. Alfonso Ordax y Avecilla. | D. Quintin Labernesse. |
| D. Teodoro Guerrero. | D. Gregorio Barragan. | D. Luis Urdiales. |
| D. Alfonso E. Ollero. | D. Pedro Ruiz Avila. | D. Emilio de Santos y Olive. |
| D. Daniel Balaciar y Tormo. | D. Vicente D. Bordanova. | D. Eduardo Thuillier. |
| D. Abdon de Paz. | D. Miguel Guillen de la Torre. | D. Faustino Jouve. |
| D. Manuel Matoses. | D. Ignacio Bolivar y Urrutia. | D. Mariano Zapata Ilera. |
| D. Eusebio Blasco. | D. José María Bolivar. | D. Ramon Lopez Calvo. |

ARTISTAS

- | | | | |
|-----------------------|-------------------|------------------------|---------------------|
| D. Mariano Urrutia. | D. Eduardo Novi. | D. Luis del Alcázar. | D. Manuel Fernandez |
| Antonio Caula. | Manuel Salvi. | José Julian Estarrona. | de la Torre. |
| José Muriel y Alcalá. | Eleuterio Roldan. | Francisco del Valle. | |

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes, 6 id. trimestre.
Provincias: 7'50, id.
Extranjero y Ultramar: 6 meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto, una peseta cincuenta céntimos.

SUMARIO

I. La sexta quincena.—II. Los meses del año (Febrero).—III. Una niña al ángel de su guarda.—IV. A los niños.—V. Lo inmutable.—VI. El Saboyano y el mono.—VII. Una pesca improvisada.—VIII. La desobediencia.—IX. El Código de Moisés.—X. La mano de la Providencia.—XI. Album de bordados.—XII. Charadas.—XIII. Solucion al geroglífico del número 5.º.—XIV. Solucion á los problemas del número anterior.—XV. Ejercicios.—XVI. Bibliografías.

OFICINAS

Fuencarral, 3, pral.

MADRID

No se sirve suscripcion cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defuncion de niños, á precios convencionales.

LA SEXTA QUINCENA

Madrid 1.º de Febrero de 1879.

Todos son contrastes en la vida, apreciables lectores.

Detrás de cada alegría hay un dolor; despues de cada risa viene una lágrima; en pos del invierno asoma la primavera; cuando la luz se apaga, la oscuridad invade; sigue á la tempestad la calma; al acabarse la vida, comienza la muerte; se desnudan de sus hojas los árboles y se visten de nieve las cuestas; va la luna persiguiendo al sol; al restar un año, se suma otro; camina el jóven por la senda que deja el anciano y emprende el niño la que el jóven pasára....

Y así es todo en la Naturaleza.

Y por uno de esos contrastes enunciados, los dias se principian á notar más largos desde los primeros del mes más corto.

No olvideis esto, lectores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS; y si como yo os deseo, alguna ó algunas veces, las venturas os sonrien y horizontes de color de rosa veis alrededor de vuestras existencias, no os entregueis por completo á su disfrute, por si tras esos instantes de felicidad llegáran, lo que Dios no quiera, otros de infortunio.

Las horas, que van llevándonos en andas y volandas, hacia la tumba, deben, con su pasado, servirnos de enseñanza para el presente y de consejo ó aviso para lo porvenir.

De esta suerte considerado el tiempo, nuestro viaje por el mundo resultará tanto más provechoso para la sociedad y para nosotros mismos, cuanto que así procuraremos huyan los dias más satisfechos, si al darnos el ¡adios! de despedida, nos ven consagrados al estudio y á la práctica de la virtud.

Hemos pasado ya lo más crudo del Invierno, y hay que agradecerle que en su dominio de esta temporada no haya sido muy cruel con nosotros.

No pretendo, ni es mi ánimo, bien lo sabe Dios, escitar por esta frase de reconocimiento mia, el enojo del anciano de las estaciones, no; antes, por el contrario, le viviera más y más agradecido, si

en lo que aún nos falta de estar á sus órdenes, fuese, aunque fuera poquito á poco, cada dia más benigno, más templado cada hora.

Porque esos dias de Invierno en que no besa nuestra frente ni un rayo de sol siquiera... os voy á ser franco, contristan mi alma, y mis ojos no hacen mas que mirar al cielo, y en miradas cariñosas ver si consigo alentar la esperanza de que el astro del dia se asomará al balcon del espacio.

Y esos dias además me apenan, porque me acuerdo del pobre que sin casa ni hogar discurre por esas calles tan triste como el dia, y en vano dirige su vista á la region azul en demanda de unos rayos de ese sol oculto, que temple sus miembros ateridos, ya que son ellos la única estufa y el brasero solo al que puede arrimarse, para, al ménos, contrarestar la influencia del frio.

Yo supongo, apreciables niños, y lo contrario seria ofenderos seguramente, que vosotros, cuando estais tan abrigaditos, merced á los cuidados y sacrificios de vuestros papás, bien alrededor de la camilla, bien en la cama, tambien os acordareis de esos otros niños cuyos padres son pobres, y carecen de medios para disminuir los rigores propios del Invierno. ¡Vaya si os acordareis! Y más aún todavía de aquellos que ¡infelices y desventurados! no tienen padres á quienes volver sus ojos y de quienes esperar alguna caricia, abrigo ó alimento.

¡Pobrecitos de esos niños!

Cuántas veces os he oido decir al verlos tan faltos de ropas, y las que llevan en situacion tan desastrada:—«¡Ay Dios mio! ¡Si yo anduviera así me moriria de frio!»

¿Verdad que de este modo exclamais? Pues bien, os debo hacer presente que, segun ellos no se mueren, tampoco vosotros os moriríais. Y ¿sabeis en qué me fundo? En que Dios vela por los seres desgraciados, imagen y semejanza suya.

¿Qué seria de ellos si el Autor de cuanto existe no les amparara?

Pedidle, pues, en vuestras oraciones, que no les desatienda, y así verá que comprendéis aquel precepto suyo, que ordena no querer para el prójimo lo que no quisiéramos para nosotros mismos.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.



LOS MESES DEL AÑO

II

FEBRERO

I

Vamos á ver, apreciables lectores infantiles, quién es ese Sr. Febrero, pues hasta ahora sabemos solo, y esto porque corre de boca en boca, el nombre que tiene, que hoy comienza á regirnos y que es el más corto del año. No han de satisfacer seguramente estos datos á los niños ganosos de ampliar cuanto puedan los conocimientos adquiridos, y justo es que nosotros, los que nos honramos escribiendo para la juventud, lleguemos en su ayuda.

Ayer cesó en su mando el mes de Enero; y desde el día en que comenzó y os dije quién era, hasta el momento presente, han pasado 31 días, y cada mortal nos hemos echado á la espalda ese *piquillo* de edad. Así es como á fuerza de *piquillos* y *piquillos* de meses que irán pasando, vosotros llegaréis á ser todos unos abogados, médicos, ingenieros, comerciantes, artistas, coroneles, canónigos etc., etc., y yo todo un pobre viejo que tendré la cabeza blanca como la nieve, la inteligencia consumida, el alma helada, el corazón desecho, y nadie se acordará de mí, sino Dios del cielo; porque de los viejos no se hace caso maldito, en términos generales, claro está, á pretexto de que todo son chucheces, rarezas y excentricidades.

¡Pobres ancianitos! Cada vez que hago memoria de cuando tenía vuestra edad, y buscando el contraste, miro el horizonte de la vejez, no me falta mucho si no rompo á llorar de pena. Pero como me anima la esperanza de que Dios me dará lo que más me conviniere, vuelve la resignación á tranquilizar mi espíritu y procuro ser todo lo bueno y útil que puedo para mis semejantes y para mí. Que así entiendo yo debe considerarse la vida y la misión que á este mundo traemos, amigos lectores.

Mas noto que doy á mis frases un tinte de tristeza muy subido, y que me aparto del asunto apenas entré en él: y como ni esto ni aquello me puedo permitir, ni cabe en mis cálculos, vuelvo á la cuestión seguidamente, después de interesar vuestros perdones.

II

Segun el plan convenido, debo, antes de pasar á contaros la historia del Sr. Febrero, referiros el aspecto general de este mes, con relación á nuestras costumbres y usos, y á la vista de los autores de más nota. Pues bien, lectores apreciables: como no ignorais, el día dos se celebra la solemnidad religiosa llamada la PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, más conocida por la fiesta de la *Candelaria*.

Hace alusión la Iglesia en este día al acto de ser presentado el Niño Dios al templo, en debida obediencia á las leyes que regían entonces, y al misterio de la purificación, que dá nombre á la fiesta cristiana. Abrazando estos dos aspectos, no es de extrañar, y así se explica, el que los pueblos de Oriente comprendan dicha solemnidad entre las relativas á Jesús, y los de Occidente, entre las de la Virgen. Los griegos suelen llamarla *Hipapante Domini*, ó encuentro del Señor, aludiendo al que tuvo en el templo al ser presentado, con Simeon y Anna.

El año 512, segun las mejores referencias, instituyó esta fiesta el Papa Gelasio. Treinta años después, en el 542, el emperador Justiniano hizo se celebrara universalmente como fiesta este día dos, en que se cumplen los cuarenta desde el en que naciera el Mesías.

El nombre de *Candelaria* viene de las *candelas* ó cirios benditos que de antiguo se usan en las procesiones, y con especialidad en la de esta fiesta, simbolizando la luz que vino á desparramar por el mundo con su santa doctrina el Redentor de la humanidad.

De aquí trae origen la costumbre de que se lleve una vela para el acto de bautizar, que aún observamos los cristianos, y también el que la lleven las madres cuando van por primera vez á misa conduciendo en brazos al nuevo hijo, á los cuarenta días del nacimiento de éste.

A contar desde 1418, se halla esta solemnidad escrita en el Calendario por disposición del Papa Paulo II, confirmada en 1585 por Sixto V.

Hay muchos pueblos en España que celebran esta fiesta con el nombre de *Nuestra Señora de las Candelas*, llevándose procesionalmente en algunos la imagen de la Virgen por las jóvenes solteras de la hermandad ó cofradía, á quienes corresponde en turno ó suerte, que tienen en alta estima.

III

Antiguo y arraigado es en el mundo cristiano el culto á la madre de Jesús, bajo la advocación de las Candelas ó Candelaria, y entre otros mil os citaré

el siguiente, amigos lectores, que no deja de ser algo curioso.

Refieren los historiadores franceses, que apenas los habitantes de París se hubieron reconciliado con el Delfín, que ascendió al trono de Francia tomando el nombre de Carlos V, ofrecieron en 1337 á Nuestra Señora, y para solemnizar este acto una *candela* de cera igual en longitud al cerco de la ciudad de París, cuya candela habria de renovarse todos los años.

Exagerados en mi sentir anduvieron los parisien- ses, á la par que extraña á todas luces fué la tal ofrenda: fácilmente comprendereis que el candelero en que hubiese de colocarse aquella, á estar, como es lógico, en relacion con la misma, debia ser... todo un buen mozo.

A fé que si en la cantidad de la promesa no fueron pocos, lo fueron y mucho en su cumplimiento, del que no se cuidaron, apoyándose en los disturbios que trajo tras sí la Liga, y en 1605, París cambió la ofrenda de la candela por la construccion de una lámpara de plata que se hizo con los donativos del vecindario, y que ardía día y noche ante la imagen veneranda de la Santísima Virgen.

Mucho más os pudiera decir, apreciables lectores, acerca de la fiesta de la Candelaria; pero temo traspasar los límites naturales de un artículo, y aún me resta no poco que contaros del mes de Febrero.

Sin otra novedad digna de especial mencion, llegamos al día 23, en que este año corresponde el domingo de Carnaval, ó de *Quincuagésima*, ó más vulgarmente conocido por *Domingo gordo*.

En el próximo número os diré en artículo aparte cuanto crea os conviene conocer, así respecto del Carnaval como del *Miércoles de Ceniza* y del *Entierro de la sardina*, pues añadidos á estos los datos en carta y las consideraciones *in menti*, resultaria una relacion pesada y más extensa de lo que me puedo permitir.

Y una vez aplazado el tratar de estos asuntos hasta el número próximo, pasemos á entendérnoslas con la historia de este mes, que no por ser el más corto la deja de tener larga, como vais á ver.

IV

Originaria del latín, es la primera palabra *Febrero* que viene de *februarius* y esta de *februare*, que significa purificar, segun unos: otros la hacen nacer de *febris*, fiebre, calentura; y algunos de *Februa*, *Februalis* ó *Februata*, diosa de las purificaciones entre los romanos, que confundían á veces con Jano, y la veneraban en este mes con un culto particular.

Varios historiadores, por último, opinan que Febrero llamóse así de *Fébruo*, *Februares*, expiar,

purificar, uno de los nombres de Pluton, dios del Infierno, en cuyo honor se hacían en este mes varios sacrificios para apaciguar los manes de los muertos, ó más bien para tener propicios á los dioses infernales. Otros mitólogos creen que *Fébruo* era el dios particular de las purificaciones, y Padre de Pluton.

Legítimo encuentro tal nombre, como vosotros le encontrareis cuando os manifeste que los romanos tenían la costumbre de dedicar sus doce últimos días (que lo eran á la vez de su año), á purificarse y pedir á Dios el descanso de los muertos. A este propósito encendían grandes hogueras y varias antorchas cerca de las tumbas que guardaban los restos mortales de sus parientes, á cuya memoria y con el fin dicho, celebraban otras ceremonias. *Februales* llamábanse á estas fiestas, y de ahí, como ya os he dicho, uno de los principales orígenes del nombre Febrero. Eran unos verdaderos días de expiación para el pueblo dichos últimos doce del año romano, haciéndose en ellos gran número de sacrificios, y cesando el culto de las demás divinidades, hasta el punto de que no se celebraba ningún matrimonio, porque existía la creencia de que resultarian funestos.

V

Las fiestas denominadas *Lupercales* se celebraban en Roma el tercer día después de los idus de Febrero, y en honor del dios Pan, á quien los antiguos solían representar en medio del Zodiaco como un símbolo del Universo.

Los sacerdotes, acostumbraban correr desnudos por toda la población, sacudiendo á todos, y principalmente á las mujeres, con unas tiras de piel de la cabra que aquel día se había sacrificado y de la influencia de estos latigazos, esperaban llegar á ser fecundas.

Gran afición demostraban tener á estas fiestas los romanos, y sabe Dios hasta dónde hubieran ido en sus exageraciones escandalosas, si el celoso papa Gelasio no las hubiese abolido totalmente el año 496 de Jesucristo, en vista de los graves desórdenes y sumas indecencias que se cometían en su celebración.

Entre los sacerdotes *Lupercales* había dos distintos colegios; los que reconocían á *Quintilius* por jefe, y se llamaban *quintilianos*, y los que á su vez tenían á *Fabius*, y se denominaban *fabianos*.

Difícil me será manifestaros, lectores benévolos, el verdadero origen de tales fiestas, pues no encuentro de conformidad en este punto á los distintos autores consultados. Opinan unos, que dieron principio en tiempo de Rómulo y Remo, mientras otros creen que fueron instituidas por Evandro

y que Rómulo limitóse únicamente á introducir alguna innovacion en la forma en que se celebraban.

De *likos* ó *lupus*, lobo, hácese derivar el nombre de Lupercales; en los albores de estas fiestas se sacrificaba un perro al dios Pan, ya que se le creia enemigo natural del lobo.

En los últimos dias de este mes, celébranse igualmente las fiestas en honor del dios Término, á lo que debian el nombre de *terminales*, y en el de Júpiter, protector de los límites ó términos de las heredades, segun otros.

VI

Bajo la proteccion de Neptuno, dios de las aguas, estaba el mes de Febrero, representando á aquel una mujer vestida de azul, ligeramente levantada la túnica, como pretendiendo librarse de la humedad. Un ave acuática veíasele en la mano y una caña, y parecia apoyarse en una urna, de la que se derramaba el agua con abundancia, indicando así que este es el mes de las lluvias, y el esparravan y el pescado que se veian á sus piés venian á confirmar más y más esta opinion.

Entra el sol en el signo de *Piscis* el 21 de este mes, cuyo signo es el duodécimo y último del Zodiaco: represéntase por dos peces, que la fábula supone son los dos que llevaron sobre sus espaldas á Vénus y al Amor. Otros creen que significan los delfines que condugeron Anfitrite á Neptuno, y que éste, en señal de gratitud, solicitó de Júpiter fueran colocados en el Zodiaco, siéndole concedido.

El año romano, ó sea el primitivo, carecia de este mes, hasta que Numa le añadió con Enero, como dijimos ya, cuando reformó ó corrigió el año de Rómulo.

Ya sabeis que Febrero es el mes más corto de los del año; pues no cuenta sino 28 dias durante tres años, y 29 al cuarto, por lo que se llama *bisiesto*, de *bis-sesto*, ó dos veces sexto, como era conocido el dia que se aumentaba á Febrero para no perder el orden numérico de las Kalendas de Marzo, y ese nombre especial dado al dia, vino despues á serlo del año.

Sólos 365 dias comprendia en lo antiguo el año civil, y es sabido que la tierra emplea en su movimiento de revolucion ó traslacion alrededor de su órbita 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 49 segundos, aproximadamente, cuyas fracciones, en el trascurso de los cuatro años, componen el dia más que figura en el año bisiesto. Era cabeza de la República Romana el gran Julio César, y queriendo enmendar diferencia semejante, llamó á Sosígenes, célebre astrónomo egipcio, comisionándolo para que estudiase el hecho y propusiese la reforma oportuna, que tan necesaria se hacia, por la

perturbacion que ocasionaba. El año 45, antes de Jesucristo, quedó establecida esta innovacion, que se intituló *Juliana*, por Julio César, su iniciador.

Los romanos tenian consagrado este mes á Neptuno; la Iglesia cristiana lo dedica á la purificacion de la Virgen.

El dia primero sale el sol á las seis y 59 minutos, y se pone á las cinco y un minuto. El último, ó sea el 28, sale á las seis y 24, y se pone á las cinco y 56.—La luna sale el primer dia, á las once y 22, y se pone á la una y 54, y el último, sale á las nueve y 20, y se pone á las doce y 46.

VII

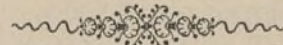
Es cuanto acerca del mes de Febrero os puedo comunicar, estimables niños.

Como habreis tenido ocasion de observar, no obstante ser el más corto de los doce del año, no por eso deja de ser variada y extensa su historia. Así es mucho en la vida; no vale pagarse de apariencias, que engañan las más de las veces, y como dicen otras frases, ni á los hombres debe medírseles ni considerárseles por su estatura, ni á las casas por la fachada.

Juzgad siempre en vista de los hechos, no á virtud de los dichos, porque estos pudieran ser falsos ó apasionados, mientras que aquellos se manifiestan en todas las ocasiones reales y verdaderos en su forma, en su fondo y en su enseñanza.

No olvideis estas indicaciones, que, aunque á la ligera, ya merecen las tengais presentes.

GREGORIO BARRAGAN.



UNA NIÑA AL ÁNGEL DE SU GUARDA

—«Espíritu divino
que por los aires vagas,
y al trono de la Virgen
conduces mis plegarias,
tú, que mi dulce sueño
proteges con tus alas,
tú, que mi vida alumbras
y mi inocencia guardas,
enséñame la senda
de la virtud sagrada.

Un dia oí en el bosque
una armoniosa plácida...
cantaban á la luna
las tembladoras ramas,
y de la clara fuente
las transparentes aguas.
—¿Oyes?—mi madre dijo;

¿oyes, hija del alma?
del cielo, en estas horas
los angelitos bajan...
reza, hija mia, reza,
que ya el día se acaba;
ya tu oracion espera
el Angel de tu Guarda,
y ante la Virgen pura
la llevará en sus alas!

Me dijo ayer mi madre,
santo Angel de mi alma,
que son las bellas flores
que la pradera esmaltan
del dulce lábio tuyo
la risa suave y cándida,
que son tu cabellera
las nubes que abrillantan,
al fin de cada tarde,
la atmósfera azulada.

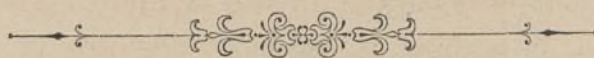
Por eso hoy he venido
cuando la luna baja
á iluminar del bosque
las tembladoras ramas,
y escucho de rodillas
el dulce son del agua,
que es para mí el acento
con que tu amor me llama.

Escucha hoy cariñoso,
escucha mi plegaria;
fervor dame en el rezo,
paciencia en la desgracia,
y la mentira impura
del lábio mio aparta.
La ley de la obediencia
acate resignada;
jamás, aunque me ofendan,
jamás agravios haga,
y sea de mis padres
consuelo y esperanza,
apoyo de sus años,
orgullo de sus canas.

¡Ah, nunca me abandones,
mi salvadora guarda!
¡Protéjanme por siempre
tus impalpables alas!
Conserve su inocencia
mi túnica nevada,
y cuando Dios me llame
conduce tú mi alma,
y acójala en su seno
la Virgen soberana!»

Así dijo la niña;
su madre alborozada
la recibió en sus brazos
después de su plegaria;
y caminando alegres,
las manos enlazadas,
las dos desaparecieron
al fin de la enramada.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



A LOS NIÑOS

II

Planta exótica, tronco informe, sin fruto ni hoja, es el hombre de torpe insensibilidad, que no comprende el lenguaje elocuente de las virtudes.

Ocupémonos, siquiera sea ligeramente, de la caridad, y vereis, queridísimos niños, cómo resuena en vuestra alma inocente y pura el eco del sentimiento del amor con que debemos respetarnos los seres dotados de razón.

Escuchad conmigo el acento dolorido del enfermo que agota en el lecho del dolor el último alito de su vida, sin otro amparo, sin otro consuelo que alimente su esperanza para recobrar la salud perdida, ó para preparar su alma cristiana, que el auxilio que la caridad le otorga.

Contemplad al mendigo, que, en edad provecta, necesitado y desnudo, recorre, en noche tenebrosa y fría, la áspera montaña que le aparta de la aldea, en donde al rayar el alba se propone implorar la pública caridad para saciar el hambre que le mata, con un exíguo y negro pedazo de pan: vedle yerto y desfallecido acercarse á la cabaña del rústico pastor que le acoge benigno en su humildísima choza para que torne al cuerpo la necesaria laxitud y el vigor preciso á su decaído estómago.

Considerad conmigo el beneficio que la caridad prodiga al guerrero valiente que, en el campo de batalla, exhala el último suspiro por Dios, por su madre ó por su patria, y vereis si habla alto á la razón y al sentimiento, el influjo, siempre provechoso y santo, de la caridad.

Yo estrecho con júbilo la mano del obrero desde que, en noche infausta, ví á un harapiento menestral que carecía de trabajo, que estaba sumido en las mayores necesidades, acariciar junto á su seno á un inocente recién nacido, á quien la bárbara injusticia de una mujer despiadada, y de la suerte, había colocado en el antiguo laberinto de la Castellana, en los momentos mismos en que sucumbía por la epidemia y la desnudez.

Considerad, niños queridos, lo grande, lo santo,

lo sublime que es la accion de aquel hombre modesto, salvando de una muerte cierta á un semejante, que pudiera muy bien llegar á ser más tarde un émulo digno de San Agustin y San Ambrosio, de Aristóteles ó Galeno, de Arlés ó de Murillo.

Cuando contemplo al hombre del pueblo que, aprovechando todos los recursos posibles, recoge con dolor el postrimer suspiro del herido que á su lado levantaba un monumento de arte, venero el delirio de su amargura; porque sin duda está probando con su devorado aliento el interés que por un lado le inspira la caridad y por otro el culto que rinde al génio.

Penetrad conmigo en el recinto que la beneficencia coloca á los desvalidos, y en el semblante de cada uno de ellos leereis la epopeya más tierna, le égloga más sublime, la inspiracion más grande que la inteligencia y el órgano del sentimiento pueden concebir, si el deseo de hacer bien, cuando se puede, ó el de tomar parte en sus penas si se carece de medios, analiza el origen de la desgracia que allí se acumula.

Considerad lo grande, lo provechosa, lo santa que es la predicacion del Evangelio por los pastores del cristianismo para convertir á los salvajes que, sin tener idea próxima ni remota de Dios y sin sentir en su pecho las inspiraciones de la conciencia, pueblan las ardientes latitudes del Africa ó los vírgenes bosques de la Oceanía: considerad, niños queridos, los beneficios que la fé y la caridad, obrando de consumo, pueden proporcionar á los hombres, á través de las generaciones que han de sucedernos, para llegar á la perfeccion á que la humanidad está llamada.

Sin la caridad, niños queridos, morirían entre las nieves de Terranova y de Moscou miles de viajeros: sin la caridad morirían impenitentes multitud de séres: sin la caridad sucumbirían los desheredados: sin la caridad, en fin, no pudiera cumplirse la voluntad divina, que ordenó, desde la creacion, que no se quiera para el prójimo lo que para sí se rechaza.

¿Creeis, bellísimos niños, que el deber que impone á vuestras madres el deber de lactaros y educaros, es, sencillamente, un deber social?

No: y si vuestra madre hubiera muerto en el acto de abrir vosotros los ojos á la luz del mundo y vuestra familia careciera de medios de fortuna, la vida os hubiera sido imposible.

Acoged, pues, en vuestra alma el sentimiento de la caridad, y cuando hayais satisfecho vuestras precisas necesidades, socorred al mendigo, auxiliad al enfermo, consolad al triste, vestid al desnudo, prodigad vuestros cuidados al que lo necesite, porque remediando las aflicciones que vuestros seme-

jantes sufren y que á vosotros os serian penosas, cumplireis con los preceptos del Crucificado, bajo cuya religion os educais é instruís.

VICENTE D. BORDANOVA.



LO INMUTABLE

Á GREGORIO GOMEZ MARTÍN

Enfrente de un palacio que bello se presenta,
Con pórfidos de mármol y puertas de marfil,
Un jóven de veinte años y un viejo de sesenta,
A los que el casutismo habia reunido allí,
Miraban el palacio de bien distinto modo:
El jóven con envidia, el viejo con desden;
La mirada del jóven abarcábalo todo,
Diciendo entusiasmado: ¡Oh, esto es el edem!

¡Qué puertas! ¡qué columnas! ¡qué bello artesonado!
¡Felices los que habiten esta feliz mansion!
Riquezas mil, sin duda, se habrán aquí gastado!
¡El arte y el talento cuánto hacen con su union!

—¿Y eso os entusiasma? le preguntó el anciano:
—Pues, ¿no ha de entusiasmar? el joven contestó,
Si este palacio bello, más que obra de la mano
Del hombre, me parece obra del mismo Dios?

¡Quién tuviera el talento del arquitecto osado
Que hizo de esta vil tierra el palacio surgir!
Y respondió el anciano: — *Eso* que os ha asombrado,
Taberna ó cementerio será en el porvenir!

El jóven quedó mudo; el viejo sonriendo
Continuó así hablando con apacible voz:
—Yo he recorrido el mundo entre el terrible estruendo,
Y sólo hallé una cosa que era inmutable.... ¡¡Dios!!

Yo he visto entre las nubes mecérse la tormenta,
Yo he escuchado el crujido del rayo al estallar,
Yo he visto al rudo buque que sobre el mar se asienta,
Y al cabo de dos horas le he visto naufragar!

Yo he visto las ciudades brillantes, florecientes,
Con palacios como ese de mármol y marfil;
Y más tarde cubiertas de lava por torrentes,
Con espantoso ruido desaparecer las ví.

Yo he visto al alto roble, los vientos desafiando,
Del rayo ante el embate le ví más tarde caer;
He visto los castillos, sus fieros torreones,
Y en ruinas su altiveza tornarse ví despues.

Tambien miré habitados hermosos continentes,
Allí estaba la vida en todo su esplendor,
Y más tarde he mirado las aguas que, rugientes,
Sembraban implacables la muerte en rededor.

Yo ví surgir montañas donde antes eran llanos,
Volcanes en la zona glacial aparecer,
Las obras de los hombres, las obras de sus manos,
Bajo la accion del tiempo las ví tambien caer.

Por eso te aseguro, ¡oh jóven inexperto!
Que esa mezcla de oro, de mármol y marfil,
Veráse abandonado, si, jóven, sí, desierto.
¡Taberna ó cementerio será en lo porvenir!

¡Sí, nada hay inmutable! el orgullo del hombre
Esas moles enjendra, y causa admiracion....
¡Y el tiempo las destruye! el tiempo, no te asombre,
El tiempo es inmutable, y más que el tiempo.... ¡¡Dios!!

ERIBALDO P. DE AZPILLAGA.

Barcelona, Diciembre 1878.



EL SABOYANO Y EL MONO

Errante peregrino,
del mundo en el desierto,
camina á la ventura,
—en Dios su pensamiento—
de una ciudad en otra,
de un pueblo en otro pueblo,
feliz en su infortunio
el desdichado huérfano,
sin más guía ni amparo
que el que halla siempre cuando mira al cielo!

Cuando en calles y plazas
luce su *compañero*
á los que forman corro
sus saltos y sus gestos.....
hay alguien compasivo
que, al ver al niño enfermo,
socorre su indigencia,
ayuda su sustento
con limosnas y harapos
para abrigar sus ateridos miembros.

Pero hay días crueles
—días para él eternos—
en que mendiga..... y no halla
el preciso alimento.....
con su amigo en los brazos,
desfallecido y yerto,
quizá pasa la noche
de una puerta en el hueco,
quizá muere de frío
en las heladas noches del invierno!

Si hallais á vuestro paso,
por calles y paseos,
los pobres saboyanos.....
corred á socorrerlos;
de la humildad cristiana
os dan precioso ejemplo.....
quizá no tienen padres
ni hospitalario techo.....
quizá mueren de frío
en las heladas noches del invierno.

RICARDO SEPÚLVEDA.



UNA PESCA IMPROVISADA

El río Eresma nace en los sombríos y magníficos pinares de Balsain, y atraviesa toda la provincia de Segovia.

Sus aguas cristalinas corren sobre un lecho de peñascos, formando cascadas naturales en que los rayos del sol se descomponen en variados cambian-

tes, que alegran la vista del espectador y encantan el paisaje de la manera más deliciosa.

¡Se crían unas truchas!.... pero oidme atentos, amigos míos, que os voy á contar lo que con una de esas señoras habitantes del río le sucedió á mi compañero de colegio, Luisito, y eso que casi estoy seguro de que se ha de incomodar cuando lo sepa, y no va á querer jugar más conmigo; sea lo que fuere, allá vá.

Mi amigo Luis salió una tarde de verano á paseo con su abuelito por el sitio llamado *El Parque*, hermosa pradera que existe en Balsain, á las márgenes del río.

Luisito no se descuidaba en meterse por todos los espinos que encontraba á su paso, á ver si había algún nido, pues el tal Luis era amantísimo de los nidos, y en esto creo que nos parecemos todos los pequeñuelos, sobre todo los de pueblo.

El abuelo también se divertía en separar las ramas para que el nieto investigase dónde estaban los codiciados nidos.

Por fin no encontraron ninguno, y, muertos de fatiga y de sed, se aproximaron á descansar y beber agua á un manantial fresquísimo que existe junto al río, y que los naturales del país denominan *El Cañito de Don Pedro*.

Después que hubieron refrescado, y cuando ya la tarde declinaba, el nieto dijo al abuelo que se iba á bañar en el remanso del río que pasaba por delante del lugar en que se hallaban.

Don Juan, que este era su nombre, quiso disuadir á Luis de darse el baño en cuestión, por estar algo sudoroso, y sabido es, queridos amigos, que el sudor es enemigo capital del agua fría; pero, quieras ó no quieras, lo cierto es que en un abrir y cerrar de ojos, mi célebre personaje se quedó en camisa, y.... ¡cataplum! se zambulló en el Eresma de un brinco.

El abuelo miraba estupefacto á Luis, y este se daba cada chapuzón que valía un Perú, sin hacer caso de la cara de vinagre de aquel, que, á decir verdad, me parece que lo que sentía era no tener sesenta años menos para hacer compañía á su nieto en el fondo de la corriente.

Sucedió al fin, que enfadado D. Juan porque Luis no salía del baño, empezó á decirle á voces que aquella noche no cenaba, porque todo en casa lo cerrarian bajo llave.

Ante esta amenaza tan estomacal, mi amigo ya se ponía algo triste, cuando sintió entre sus pies que le rozaba una cosa muy suave, muy suave. Mete la mano á ver lo que era, y ¡zás! se le escapa de entre los dedos un pez, pero como el agua era tan clara, le vió ocultarse entre las piedras y yerbajos de la orilla.



Allá va Luis, introduce la mano debajo, y atrapa un magnífico pez, que salía coleando. El abuelo, al ver que era una trucha de dos libras, no tuvo más remedio que perdonar á mi amigo, y los dos cenaron aquella noche el fruto de la *pesca improvisada*.

RAFAELITO.



LA DESOBEDIENCIA

CUENTO

En una poblacion de Castilla la Vieja habitaba un matrimonio con tres hijos, á los que profesaba el más extraordinario cariño. El mayor, Juanito, tenía diez años, y era un muchacho fuerte y robusto; Lucas, que le seguía, contaba siete, y era muy endeblito. La niña, Clotilde, no había cumplido seis todavía.

Don Juan, que así se llamaba el padre, enviaba todos los días á la escuela á sus hijos, y como estaba cerca, los dejaba ir solos, contentándose con vigilarlos alguna vez. A Clotilde solía acompañarla una criada, y muchos días sus mismos hermanitos la iban á buscar.

Una tarde salieron, como de costumbre, Juanito y Lucas, con sus libros en el brazo, suspendidos de una correa, para dirigirse á la escuela.

Su madre, al salir, les dijo, abrazándolos:

—Cuidado, hijos míos, que no os detengais en ninguna parte; derechos á la escuela, y sed buenos y aplicados, y sobre todo muy obedientes y sumisos, porque á los niños rebeldes los castiga Dios.

—Descuide V., querida mamá, que así lo haremos; contestó Lucas ingenuamente, besando á su madre con el mayor cariño.

Juanito se culló, y devolviendo con frialdad el beso que había recibido, echó á andar la calle abajo, sin volver la cabeza. Cuando se hallaron á cierta distancia de su casa, enlazó su brazo al de su hermano, y le dijo con decision:

—Yo estoy ya cansado de la escuela y de la sujecion tan grande á que nos someten; si tu quisieras, Luquitas, esta tarde nos íbamos á pasear á la Alameda, cogeremos nidos y mariposas y nos divertiremos mucho.

—¡Ay! no Juanito, por Dios; ¿qué diría mamá? Ya ves, nos mandan ir á la escuela, y la desobediencia la castiga Dios.

—No lo creas, tonto; eso lo dice mamá por amedrentarnos; nos vamos á divertir y no tienen necesidad de saberlo en casa; por una falta no dirá nada el maestro.

Viendo que Lucas vacilaba, Juanito apeló á un recurso supremo: sacó de su bolsillo seis cuartos, y enseñándoselos dijo:

—Mira, estos cuartos que me dió mamá para comprar papel, los empleamos en naranjas y en piñones, y nos los comemos en la Alameda. ¡Verás qué deliciosa merienda!

Fácilmente se dejó seducir el niño pequeño, y en igual de irse á la clase se fueron al campo, donde pasaron alegremente la tarde, volviendo al anochecer á su casa rendidos de tanto correr y encarnados como la amapola.

—¡Jesús, que sofocados venís, les dijo su madre!

—Es que quería pegarnos un chico y venimos corriendo desde la escuela, porque no nos alcanzase, contestó Juanito, haciendo señas á Lucas para que no descubriese la escapatoria.

Por la noche, D. Juan dijo á su mujer:

—Esta tarde no han ido los niños á la escuela; me he encontrado al maestro y me lo ha dicho; es necesario vigilarlos para saber dónde han estado tantas horas.

—Así me ha chocado á mí verlos llegar encendidos como la grana y tan cansados que duermen como troncos; yo lo averiguaré mañana, dijo Doña Pilar.

—No, esposa mía; déjame á mí ese cuidado, hazte la desentendida y no les digas nada; contestó D. Juan.

A los pocos días de aquella escapatoria, que les salió tan bien, los niños intentaron hacer otra; pero quisieron que los acompañase Clotilde, para que disfrutase también de los placeres que se prometían. Al efecto, se marcharon juntos á la escuela, y como la criada los acompañase, la hicieron volver á la mitad del camino diciéndola que ellos dejarían á Clotilde en su colegio y se irían después á la escuela. La muchacha, que nada recelaba, se volvió á casa.

Locos de alegría los niños en cuanto se vieron solos, se encaminaron á la Alameda, muy agenos de figurarse que su padre los vigilaba, siguiéndolos á lo lejos. Emplearon en golosinas algunos cuartos que habían podido recoger, y se fueron á la orilla del río, corriendo y saltando, persiguiendo mariposas y subiéndose á los árboles para buscar nidos.

De repente se presenta á su vista un hombre de muy malas trazas, con unas barbas y una voz tan bronca que asustaba sólo verle y oírle.

Juanito y Lucas estaban en lo alto del árbol buscando un nido de tórtolas, y Clotilde se había sentado sobre la yerba. En cuanto vió al mendigo se puso á gritar muy asustada:

—¡Juanito!... ¡Juanito! baja pronto; baja, por

Dios, que tengo mucho miedo de verme aquí sola.

—¿Qué quiere V. buen hombre? preguntó Lucas, desde lo alto.

—Una limosna; contestó con tono brusco el interpelado.

—No tenemos nada; ya nos hemos comido la merienda; perdóneme V. por Dios, dijo Juanito.

—Pues me llevaré esta niña, y vosotros sufriréis un fuerte castigo, por desobedientes y malos.

Diciendo esto, cogió en sus brazos á la niña, echando á correr con ella; la pobrecita quiso gritar, pero la voz se ahogó en su garganta y ni llorar pudo, hasta que se encontró en los brazos de su padre, que la esperaba no lejos de allí, y que temiendo, como era tan pequeña, la dejasen caer al río, se valió de un labriego para que se la llevase, proporcionando también así á los niños un buen susto, que fuese su castigo, por desobedientes.

Los dos niños se quedaron al pronto aturridos al ver que se llevaba la niña, y no acertaban ni á bajar; tirándose desde lo alto del árbol, Juanito cayó el primero, y no se hizo nada; pero Lucas descendió con tan mala fortuna, que se torció un pié y empezó á lanzar gritos desgarradores. Juanito, que era el causante de aquellas dos desgracias, no sabía á quién acudir primero; si á su hermano ó al mendigo, que corría á todo correr con la niña en brazos, y estaba ya á una respetable distancia. Se decidió por esto último, y emprendió una carrera desesperada, aunque inútil, porque el raptor desapareció en un recodo del camino, y detrás de un olivar, y no pudo encontrarle; solo vió un carruaje á lo lejos que marchaba con velocidad.

Desesperado y vertiendo amargo llanto, volvió á buscar á su hermano Lucas, se le cargó áuestas, porque el infeliz no podía sentar el pié en el suelo, y se dirigió con él hacia el pueblo, pidiendo socorro en la primera casa que encontró.

—¿Pero qué le ha sucedido á este niño? preguntó una pobre mujer que allí había.

—Se ha caído de un árbol y le duele tan horrosamente el pié derecho que ya ve V. cómo viene dando gritos; ¡ay, señora; haga V. el favor de llamar á un médico, ó cuide de mi hermano mientras yo voy á buscarle!

—No, hijo mío, no; ayúdame y entre los dos le llevaremos á tu casa: ¿dónde vives?

—Aquí cerca; pero ¡Dios mío! si me presento á mi padre me va á matar; por piedad, llévele V. sola, y yo en tanto corro á buscar á mi hermanita pequeña, que nos la han robado.

—¡Robado! ¿y cómo? exclamó la mujer.

—Nos la ha quitado un hombre; nos marchamos al campo en igual de ir á la escuela, y Dios nos ha castigado; me voy corriendo, llévele V.

—Si le llevaré, porque me da compasión este infeliz niño; dijo la mujer, tomándole en brazos.

—Dios se lo pagará á V. Aquí en la calle Real, número 4, vivimos; mi padre se llama D. Juan y mi madre Doña Pilar; dígales V. que no vuelvo á casa hasta encontrar á mi hermana; y tú querido Lucas, perdóneme la desgracia que te he causado; tú no querías seguirme.

—Yo te perdono; pero no te detengas, busca á la hermanita, que mamá se morirá de pena al ver que no parece, exclamó Lucas.

—¡Qué bueno eres!—no me perdonará papá tan fácilmente como tú: adios.

Juanito echó á correr otra vez hacia el sitio por donde desapareció el mendigo, preguntó á cuantas personas se encontraba en el camino, se informó de los labradores que volvían del campo, y por último dió parte de la fatal ocurrencia á una pareja de la Guardia civil, suplicándoles le ayudasen á buscar á su infeliz hermana.

Los guardias le tranquilizaron diciéndole que volviese á su casa, que ellos quedaban encargados de indagar su paradero; pero Juanito se empeñó en seguirlos, y eran ya las diez de la noche sin que hubiesen logrado adquirir la menor noticia. Entonces los guardias llevaron al niño á su casa, apesar de su resistencia, para tranquilizar á sus padres, que estarían con cuidado.

Efectivamente, la mayor aflicción reinaba en la casa; Doña Pilar estaba cuidando á Lucas, á quien ya un cirujano había vendado el pié, y á la niña, que estaba acostada y tenía fiebre muy intensa de resultados del sol que había tomado toda la tarde y del susto que llevó.

Doña Pilar recibió á Juanito con la mayor severidad, diciéndole que su padre se había encontrado á la niña en brazos de un hombre que se la llevaba, y después de quitársela y traerla á casa había vuelto á buscar al niño desobediente para castigarle según merecía.

Juanito redobló su llanto y pidió perdón á su madre, jurando que jamás volvería á desobedecerla, pero la buena señora no quiso perdonarle y le castigó encerrándole en un cuarto oscuro hasta que su padre volviese y determinase de él.

D. Juan llegó ya cerca de las doce de la noche lleno de disgusto y de fatiga, y se mostró inexorable con aquel hijo indócil, que les había proporcionado un disgusto tan grande.

Aunque en apariencia, Doña Pilar también se mostraba severa; pidió á su marido que perdonase al pobre arrepentido, que lleno de lágrimas prometía no volver á faltar á sus clases.

D. Juan conoció que para la enmienda es necesario un escarmiento y le tuvo ocho días preso sin

ver á nadie, y sin más alimento que pan y agua. Juanito dió muestras de tan sincero dolor que al fin consiguió ablandar el corazón de su padre, no sin que Doña Pilar dejase de interponer su influencia para obtener un amplio perdón.

Ya la niña estaba buena, y Lucas apenas se resentía de la dislocación del pié, recibiendo ambos á su hermano con las mayores muestras de cariño.

Desde aquel día fueron muy dóciles y aplicados, no faltaron nunca á la escuela, siendo un modelo de niños juiciosos y prudentes.

La desobediencia, queridos niños, es la falta más grave que pueden cometer las criaturas y la que Dios no perdona, enviando á los niños desobedientes, como Juanito, mil disgustos y desgracias, porque ninguna falta se queda en este mundo sin castigo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Enero de 1879.

EL CÓDIGO DE MOISÉS

II

SEGUNDO MANDAMIENTO

No jurar su santo nombre en vano

«No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano,» dice Dios á la humanidad en el capítulo XX del *Exodo*.

En efecto, queridos niños; nada sirve que ameís á vuestro Padre el Creador, según éste nos ordena en el primer precepto de su Código, si no le teneis el respeto debido, la veneración que se merece por sus infinitas bondades, el temor que debe inspirar siempre su santo nombre, grande entre los grandes, poderoso entre los poderosos.

Una grave falta de respeto se comete pronunciando á cada paso, por decirlo así, aquel nombre, sin causa que lo justifique; pero el poner á Dios por testigo de una falsedad, es un crimen. Él, que es la verdad misma, la esencia de lo que existe, no puede consentir en ser cómplice de la mentira, porque esta es la negación del Infinito; es la sombra que gira cercana á los rayos de la luz que forman el trono del Eterno, mas sin poder oscurecerlos, ni menguar en nada su magnífico resplandor.

Y como Dios es luz, odia las tinieblas del mismo modo que la vida repele la muerte, la electricidad positiva huye de la negativa, y la naturaleza tiene horror al vacío.

Os creo á todos, pequeños lectores, bastante instruidos en ese libro que aprendéis antes que todos, llamado el *Catecismo*, para entrar á explica-

ros las maneras de jurar, y el pecado en que se incurre según las circunstancias del juramento; así que solo quiero limitarme á poner de manifiesto ante vuestra vista algún ejemplo tomado de la Sagrada Escritura, y varias consideraciones que tiendan á demostrar lo peligroso que es tomar en vano el nombre de Dios, sin verdad, sin justicia y sin necesidad.

El pueblo de Dios se encontraba sumido en la más penosa de las servidumbres. Al pasar Jacob á Egipto con toda su familia, llamado por José, Dios, cuyos designios son impenetrables, echaba las cadenas de la esclavitud sobre los descendientes de aquel. Los Faraones olvidaron muy pronto que el pueblo que moraba en Gessen era hijo del hebreo profeta, del siervo de Putifar, del primer ministro del Rey, á quien debían el no haber sufrido el hambre cruel que durante siete años azotó la superficie de la tierra.

El pueblo de Dios sufría cargas y tributos, penalidades y miserias. Un hombre, grande como el genio que le impulsaba, santo como la idea que Jehová hiciera nacer en su mente, se presenta ante el monarca de Egipto, llevando por vestidura la túnica del pastor, y por armas la vara del caminante. Este hombre era Moisés. Su misión no podía ser más honrosa ni atrevida; conseguir la libertad de sus hermanos; guiar á los hijos de Abraham á través de los desiertos de la Arabia, hasta las fértiles campiñas del valle del Jordán.

El Rey Faraón tuvo que presenciar la pérdida casi total de un pueblo, por oponerse á la libertad de otro. Las aguas de los ríos convertidas en sangre; las ranas que invadieron el Egipto como maldición del infierno; los animales parásitos atormentando hombres y animales; las moscas y la peste, que sembraban la muerte y el dolor en los confines del Nilo; las fiebres malignas, y la muerte de todos los primogénitos de Egipto; todo, todo fué poco para que aquel Rey, endurecido en su perversidad, accediese á la petición del legislador del Sinaí.

Faraón manda comparecer á su presencia á Moisés y á su hermano: «Salid, les dice, de enmedio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, é id, servid á Jehová, como habeis dicho.» Y Aron, juntamente con Moisés, reúne el pueblo, y marchan todos hacia la tierra prometida, aquella región de delicias que manaba leche y miel. No bien hubo alejado el ejército hebreo, se olvida Faraón de su juramento de dejarle ir libre; llama sus tropas, arma sus carros de guerra, y marcha detrás de los judíos. El mar Rojo cierra el paso á estos, y cuando ya los egipcios creen destrozado al protegi-

do de Dios, las aguas se abren y dejan un camino seco para que pase Moisés con su acompañamiento. Faraon penetra detrás, y uniéndose de pronto las aguas, los carros y la caballería quedan sepultados en el fondo de las ondas, sin quedar ni un solo egipcio que pudiese llevar á sus conciudadanos la nueva del desastre.

Tal es Dios; benigno y complaciente mientras se cumplen sus mandatos; inexorable cuando se desoyen sus avisos, y mucho más si, como hizo el rey de Egipto se promete, se jura por su excelso nombre, y el juramento y la promesa no se verifican.

La verdad no tiene más que un camino. Acostumbrados, queridos lectores, á no jurar, porque si jurais lo falso, cometeis un pecado gravísimo, y si lo verdadero, tan cierto se queda antes como despues de haber jurado. Decid sencillamente sí ó no, que es lo que nos enseñó nuestro divino Maestro.

Tambien este mandamiento nos ordena que no olvidemos los votos y juramentos que hacemos á Dios. Nuestro buen Padre se complace en admitir las ofrendas que le hacemos cuando con motivo de cualquier desgracia ó enfermedad le prometemos algun obsequio. Por muy cortos que estos sean, no dejeis de cumplirlos, no os suceda lo que al *Moro de la Atalaya*, cuya historia os voy á contar.

En lo más escabroso de Sierra-Nevada existe un pico escueto y áspero, en cuya cima hay unos paredones que antiguamente formaron una atalaya, ó sea torre ó castillo de observacion en tiempo de las guerras de los moros.

Entre esos paredones, ó por mejor decir, en los sótanos de esa torre, si es que los tiene, dicen los pastores de la comarca que habita el *Moro de la Atalaya*. Era éste, hace ya cinco siglos, un pobre soldado de Alhamar el Nazarita, rey de Granada, y estaba de guarnicion en la ya dicha Atalaya.

Una noche, que se paseaba por las almenas del castillo, con la jabelina preparada, porque estaba de centinela, era tal el frio que venia de la sierra cercana, que no hacia más que tiritar y darse á todos los diablos. En estos pensamientos divagaba, cuando se le ocurrió implorar de Allah que le diese riquezas suficientes para quitarse de soldado, y que él en cambio haria una peregrinacion á la Meca, montado en una burra blanca y con cascabeles de plata, que ofreceria ante el sepulcro del Profeta. En aquel mismo instante el torreón se convirtió en alcázar suntuoso y el pobre centinela en un gran señor, rodeado de criados, manjares y placeres.

Cada vez que pasaba algun labriego con burra

blanca por los contornos del palacio, se asomaba nuestro moro á ver si le gustaba el animal para ir á la Meca, pero ninguna burra le gustaba. Lo que él no queria era abandonar tantas comodidades.

Tal prisa se dió á disfrutar de la vida, que al fin murió el antiguo soldado de Alhamar sin haber cumplido su juramento; pero Dios, que se irrita, y con razon, cuando no se le cumple lo que se le promete, hizo que el palacio volviese á ser atalaya y que el alma del moro permaneciese en las almenas, esperando á que algun caminante de burra blanca pasase por allí, para robársela y verificar su peregrinacion.

Aún no ha podido el alma del *Moro de la Atalaya* coger ninguna burra blanca, y allí se está hace ya muy cerca de quinientos años, pasando frio y maldiciendo la hora en que prometió á Allah lo que despues no quiso cumplir. Y lo peor es que, segun las trazas que se ven, el pobre moro no podrá nunca coger una burra blanca, porque todos los pastores y labriegos de por allí cerca, que saben lo que pasa, cuando entre su ganado hay un animal como el que quiere el moro, lo vigilan y no dejan que se acerque ni á tres leguas al picacho donde está el *Moro* consabido. Este se pasea arriba y abajo por la *Atalaya*, y muchos abuelos del país, en las noches de invierno, sentados al hogar, cuentan que le han visto muchas veces, sobre todo las noches de luna.

Nunca olvideis, pues, los mandatos del Eterno, que El sabe recompensar á los que le aman y prodigar á manos llenas sus dones sobre los que acatan sus preceptos.

JOSÉ MARIA MEDINA.

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

POR ENRIQUE BENAVENT

(Continuacion.)

—Tan de veras, que más no puede ser.

—¿Y si te pidiera una gracia, me la concederías?

—Te concedo cuanto quieras.

—¿Lo prometes?

—Por ese sol que nos da luz y vida.

La gitana, dirigiéndose al corro en general, preguntó en alta voz:

—¿Sois testigos de que nuestro Rey promete concederme todo cuanto se me antoje?

—Sí; contestaron todos.

—Pues bien; en pago del servicio que acabo de

prestar, te pido que dejes volver á mi lado á mi hija Rosica; que no esté por más tiempo en poder de esa protectora que me roba su cariño, y que no vuelva á separarse de mí.

—Chataza, estás en Bábia; sabes que tu hija no te quiere; has debido comprender que no te querrá jamás, y puesto que donde está, se encuentra mejor que á tu lado, en beneficio de ambas, seria conveniente dejarla en paz.

—Soy su madre, y la quiero.

—¿En ello te empeñas?

—Lo exijo.

—¿Y si te arrepientes luego?

—Así se hundiera el cielo sobre mi cabeza; quiero á mi hija.

—Basta ya; la tendrás; pero guárdate bien luego de proferir una sola queja: mis oídos quedarán sordos al clamor de tu voz.

Tula, á quien no gustaba oír hablar de su hermana, y mucho menos tenerla cerca compartiendo con ella el cariño de su madre, por más que, como hemos visto, la Chataza, más que mujer, era una loba, no pudo contener por más tiempo su impaciencia, y con mal comprimida cólera, exclamó:

—¡Vaya, madre, que me he lucido! Ahora, vengan vestidos nuevos, pendientes, sortijas y prendidos para esa señorita; para la damisela; como que tenemos de sobras; ¿no es verdad?

—No te apures, niña; yo lo arreglaré todo, sin que se te perjudique en nada.

—¡Que se le ocurren á usted unas cosas, madre...!

—Ea, dijo el gitano jefe cortando el diálogo; basta de circunloquios, que ya me huelen á gato muerto.

—Es verdad.

—Tiene razón.

—Habla como un libro.

—Es un profeta.

—Y cada uno de los concurrentes dió su asentimiento de un modo análogo.

—¿Qué hacemos con nuestra caza? prosiguió el jefe; ¿quién va á cuidar del rapazuelo?

—Yo; dijeron á una voz todas las mujeres.

—¿Pues, qué? se apresuró á objetar la Chataza; ¿no nos corresponde á mi hija y á mí cuidar de él?

—¿Con qué derecho?

—¿Cómo? ¿No nos hemos apoderado de su cuerpecito despues de mil azares, y exponiendo nuestra propia vida? ¿Quién se atrevería á usurparnos un derecho tan sagrado?

—La justicia ante todo; cuanto acaba de exponer la Chataza á mi sábia consideración, es cierto; y dirigiéndose á la gitana, —vosotras os encargais de ese asunto; pero no me deis chasco.

—¡Pues no faltaría otra cosa!

Aquella disputa, aquellos gritos, la algazara promovida por los jitanos, habian espantado al pobre niño, que permanecía con los ojos cerrados y lloraba con fuerza, balbuceando de vez en cuando: ¡mamá! ¡mamá! ¡Palabra dulce y santa! ¡Primer y espontáneo llamamiento que hace el hijo al amparo y proteccion de aquella que le dió el sér!

El pobre perrito se habia acurrucado sobre la túnica del tierno infante, y mostraba sus diminutos colmillos á cuantos se aproximaban al grupo que formaban él y su amo; ambos estaban poseídos de igual terror.

Despierto el niño, y acallado por fin su llanto, acariciaba á su fiel compañero, pasando una de sus nacaradas manos por el sedoso ropaje del animal.

—Mirad; decia la Chataza, contemplándole; ¡qué hermosura! ¡qué cabellera! ¡qué cutis! ¡qué manos y qué piés! ni que fuese de cera...; ¡pero qué gordito está! ¡vaya si le voy á cuidar! ¡pues ya lo creo! le enseñaré la mar de cosas; será un estuche de monerías, y ganaremos mucho dinero con él; pero que nadie me le ponga la mano encima: al que se atreva á lastimarle le arranco los ojos; ¡qué mono! chiquitin, ¿cómo te llamas? le preguntó en francés.

El niño, sobrecogido de espanto, no contestó.

—Bonito, ¿cómo te llamas?

Un sollozo del niño, y un alarido del perro, respondieron á la segunda pregunta.

—¿Cómo te llamas, hermoso?

Hasta cinco veces reiteró la gitana su interrogación, y viendo que no tenia contestación,

—¡Cosa rara! dijo; no entiende el francés; pues bien; hemos pasado la frontera.

—Hízole la misma pregunta en lenguaje del país, es decir, en catalan rosellonés.

Siguió el silencio; ya empezaba la mujer á estar algo impaciente, y pensando el mejor partido que debia tomar, cuando el niño contestó con una voz apenas inteligible.

—Me llamo Luis.

—¿Cómo has dicho, hermoso? ¿Luis?

—Sí.

(Se continuará.)

ÁLBUM DE BORDADOS

EXPLICACION

Número 1.—Continuacion de abecedario para pañuelos.

Núm. 2.—Principio de abecedario para pañuelos, bordado á lausín.

Núm. 3.—Tarjeta de felicitacion, para bordar sobre gró con torzales y oriental.

Núm. 4.—Principio de abecedario para sábanas, bordado á realce, punto de armas y enjabado.

Núm. 5.—Enlace C. M., con corona de Marqués para centro de caja de pañuelos, bordada con sedas á realce y punto de armas.

Núm. 6.—Centro de acerico para bordar sobre raso blanco, con sedas de colores.

Núm. 7.—Capricho para punta de pañuelo para bordar á lausin.

Núm. 8.—Capricho para idem.

Núm. 9.—Rosa para crochet, para gorra de niño ó colcha de cama.

En el número próximo publicaremos las explicaciones del *Método de dibujo* correspondientes á las láminas que han visto la luz, á fin de que nuestros suscritores las conserven en el texto del periódico y evitar así el extravío de que nos avisan haber sufrido la primera que se dió en hoja aparte.

Accediendo á las indicaciones que se nos han dirigido al efecto, hemos acordado poner á la venta las piezas de música para piano publicadas como regalo en LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, *El Ave-María* y *Milagrito* (polka), las cuales se hallan de venta en las casas editoriales de los Sres. Romero y Marzo, Preciados, 1, y de D. Nicolás Toledo, Fuenarral, 11, al precio de 4 rs. cada ejemplar.

Tenemos el gusto de participar á nuestros lectores, que desde este número, contamos con la ilustrada colaboracion de los distinguidos literatos, D. Mariano Zapata Ilera y D. Manuel Lopez Calvo.

La distinguida niña y apreciable suscritora Jesusa de Granda se ha dignado remitirnos la solucion del tercer problema de nuestro número anterior.

A la amabilidad de la ilustrada suscritora, cuyo nombre vá al pié, y cuyo apellido no nos es dado revelar, debemos la siguiente solucion al geroglífico de nuestro núm. 5.º, y las charadas que á continuacion publicamos.

Solucion al geroglífico del número 5.º:

Por tocar, bella Pilar,
en aquella reunion,
te privaron de bailar:
no se puede repicar
y andar en la procesion.

CHARADAS

I

De su primo, que está en Cuba,
sirviendo á la madre patria,
mi compañera Mundeta
tuvo ayer *segunda cuarta*;
tercia temblaba su mano,
y *prima*, que exageradas
de niña sus emociones,

con sólo un jóven mirarla,
ya está nerviosa y convulsa
y como *todo* su cara.

II

A mi colegio ha venido
un jóven *todo* muy rubio;
y por esta circunstancia
las maestras, cuyo gusto
á lo insólito propende,
con él se éxtasían mucho,
y *segunda, prima, terciá*
con delirio y ardor sumo.

SOFÍA

Soluciones á los problemas del número anterior.

1.ª 6.000.901.000.700.200.508.003

Seis mil trillones, novecientos un mil billones, setecientos mil doscientos millones, quinientos ocho mil tres.

2.ª De dos cifras. 99— 9=90
De tres. 999— 99=900
De cuatro. 9999—999=9000

En general, el número de enteros de n cifras está expresado por la cifra 9 seguida de $n-1$ ceros.

3.ª Sea X el número de nueces que tenia el niño.

$$\begin{array}{cccccccc} X & 1 & X & X & 1 & 1 & X & X & 1 \\ \hline 2 & 2 & 2 & 4 & 4 & 2 & 2 & 4 & 4 \\ & X & X & 1 & 1 & 1 & & & \\ \hline & 4 & 8 & 8 & 4 & 2 & & & \\ & & & & & & 1 & = X; \\ 4X+4+4X-2X-2+4+4X-2X-2-2X+X \\ +1-2+4+8=8X; \\ X=15 \end{array}$$

$$\text{Al 1.º dió. } \frac{15}{2} + \frac{1}{2} = 8$$

$$\text{Al 2.º } \frac{7}{2} + \frac{1}{2} = 4$$

$$\text{Al 3.º } \frac{3}{2} + \frac{1}{2} = 2$$

EJERCICIOS

1.º ¿Cuántas cifras contiene la série de todos los enteros menores que 10.000?

2.º Demostrar que en toda division de enteros el dividendo es mayor que el duplo del resto.

3.º ¿Qué fraccion de 29 equivale al quintuplo del número cuyos *cuatro sétimos* valen lo mismo que los *tres quintos* de nueve cuartos?

4.º La edad de un marido excedia en cinco años, ocho meses y trece dias á la de su esposa; esta tenia diez y nueve años, cuatro meses y veintisiete dias cuando tuvieron un hijo; este tenia siete años, diez meses y seis dias cuando nació su hermana, que se casó á la edad de diez y siete años, dos meses y quince dias, enviudó á los tres años, once meses y doce dias de casada y falleció al año, nueve meses y veinte dias de viuda. ¿Qué edad tenian el padre, la madre, el hijo y la hija cuando esta falleció?

MARIANO SANCHEZ BRUIL.

BIBLIOGRAFÍA

LOS CAZADORES.—Se ha repartido el núm. 2 del año II de *La Ilustracion Venatoria*, que se publica en Madrid, en 24 columnas de gran folio, de bella edicion, con magníficos grabados de caza y pesca. Cuesta en Madrid, como en provincias, 6 pesetas el trimestre, 12 el semestre y 24 el año. Pero se alcanza una considerable rebaja si se hace el pedido directamente á la Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid), enviando al mismo tiempo 20 pesetas en metálico, ó por letra de fácil cobro, pues así se obtiene la suscripcion por un año. Se envian gratis números de muestra á quien los pida.

OBRAS DE TEXTO, escritas por María del Pilar Sinués.—*La Ley de Dios*, coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, sexta edicion, ilustrada con láminas, y *A la luz de una lámpara*, coleccion de cuentos morales, son dos bonitos libros que tienen concedido por el Gobierno de S. M. las más grandes prerogativas y que acaban de ser objeto de un brillantísimo informe de la Inspeccion especial facultativa de la Primera enseñanza pública de Madrid; no dudamos en recomendarlos á nuestros abonados.

Combates de la vida, dos novelas en un tomo, originales de dicha señora, son una produccion, por más de un concepto, digna de su bien cortada pluma. (Véase el anuncio correspondiente.)

EL SARGENTO PERALES, novela histórica, original, por D. Gregorio Barragan, dedicada al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra. Un tomo de 86 páginas, 4 rs. en Madrid, 5 en provincias. Los pedidos, acompañando su importe, á su autor, Fuencarral, 3, pral.

CERTÁMEN LITERARIO.—Deseando la empresa editorial de *La Antorcha* alentar á los jóvenes que se consagran al cultivo de las bellas letras, á imitacion de otras publicaciones de idéntica índole, celebrará el 13 de Abril próximo, un modesto certámen bajo las siguientes condiciones:

Una pluma de plata con su correspondiente estuche, al autor de la mejor poesía lírica.

Un alfiler de plata sobredorada en forma de lira, al autor de la mejor poesía lemosina sobre un hecho histórico de Valencia.

Otro alfiler de plata representando una antorcha, al autor de la mejor leyenda ó artículo.

A cada una de las composiciones premiadas se adjudicarán dos accésits consistentes en dos diplomas de honor, y doce ejemplares del número de LA ANTORCHA en que se inserten.

Además, la empresa de esta Revista publicará sucesivamente los trabajos que se presenten, y que sin haber obtenido ninguno de los indicados premios, en concepto del jurado se hagan acreedores á esta honra.

Las composiciones podrán remitirse á esta redaccion hasta el 31 de Marzo próximo inclusive, bajo la forma acostumbrada.

Por encargo de la direccion, formarán el Jurado los Sres. D. José de Orga, D. Félix Pizcueta, D. Salvador María Fábregues, D. José Francisco Sanmartin y Aguirre y D. Constantino Llombart.—José FITA.—Valencia 26 de Enero de 1879.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.—Llamamos la atencion sobre las novelas originales de Doña Faustina Saez de Melgar, cuyas obras se recomiendan solo con llevar al frente el nombre de tan reputada escritora.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20

SECCION DE ANUNCIOS

FÁBULAS EN ACCION.—Cuadritos dramáticos en verso, por Teodoro Guerrero.—Las FÁBULAS son comedias que encierran una enseñanza moral, escritas para que los niños y los jóvenes puedan representarlas en sus casas ó en los colegios, y sirven además de ejercicio para la lectura del diálogo en verso.

Contiene el tomo las siguientes: *La filosofía del vino.*—*El valor del tiempo* (con lámina).—*Un minuto de olvido.*—*La lógica del duelo* (en dos cuadros).—*La educacion de la mujer.*—*El dinero y la hermosura* (en tres cuadros).—*Entre el vicio y la virtud.*

Se vende á 6 rs. en Madrid, en la librería de Sanchíz, plaza de Matute, núm. 2. Pedidos de provincias

al autor, calle de Cláudio-Coello, núm. 13, remitiendo 7 rs

Los suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS pagarán sólo 4 reales en Madrid y 5 en provincias, advirtiéndolo al hacer el pedido ó presentando el recibo en la librería.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.—Novelas originales de la señora doña Faustina Saez de Melgar.—Administracion: calle de Silva, núm. 29, 2.º, Madrid.—París: Dené Schmitz.—Havana: A. Chao.

TARJETAS Á 6 RS 100

TARJETONES

ESQUELITAS, CIRCULARES

MEMBRETES É IMPRESIONES

DE TODAS CLASES

Calle del Rubio, 20

LICEO BENAVENT.—Academia de francés.

Enseñanza esmerada de caligrafía, reforma de letra, teneduría de libros, música, solfeo y piano. Director, Enrique Benavent,

profesor de idioma francés.

Lecciones á domicilio.

Clases en colegios y casas particulares.

San Bernardo, núm. 52, principal, Madrid.

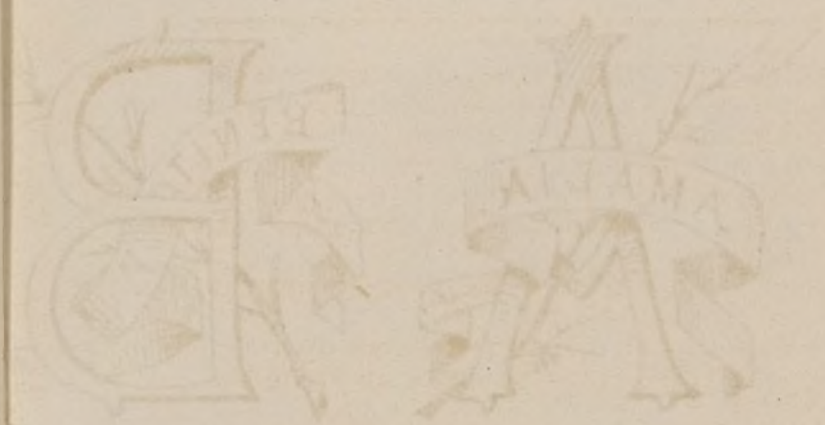
OBRAS DE TEXTO, escritas por María del Pilar Sinués.—*La Ley de Dios*, Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, sexta edicion, ilustrada con láminas: precio, 6 rs.—*A la luz de una lámpara*, coleccion de cuentos morales, nueva y bonita edicion: precio, 4 rs.—Estos dos libros se hallan de venta en todas las librerías, y en casa de la autora, calle de Vergara, núm. 1, tercero izquierda, Madrid, como tambien *Combates de la vida*, dos

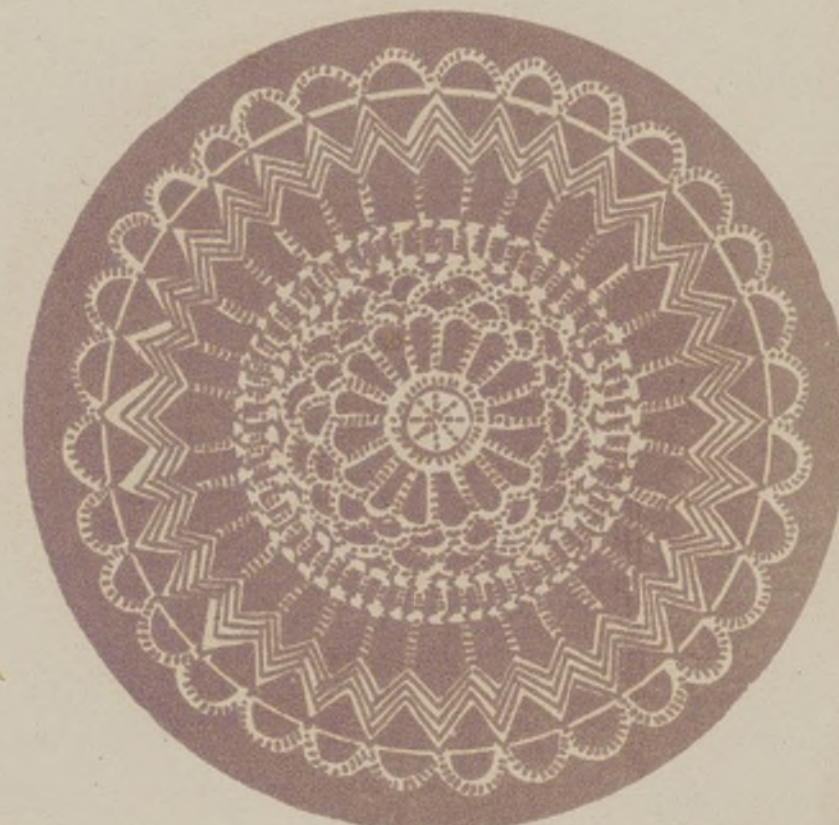
novelas originales, que forman un tomo de 400 páginas en 8.º, al precio de 10 reales. Segun el pedido, se hacen grandes rebajas.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—Se han publicado seis tomos: *Manual de física popular*, por D. Gumerindo Vicuña; el primero del *Novísimo Romancero Español*, por los escritores más distinguidos; *Manual de aguas y riegos*, por D. Rafael Laguna; *Manual de Me-*

talurgia (tomo I) por D. Luis Barinaga; tomo I del *Año Cristiano* (Enero), por D. Antonio Bravo y Tudela, y *Manual de Mecánica popular*, por D. Tomás Ariño.—Cada semana aparecerá un tomo de 256 páginas, ilustrado con grabados.—Precio por suscripcion, una peseta, y seis reales el tomo suelto, pudiéndose suscribir á todas ó á una sola de las secciones.

Los pedidos, á su editor, D. Gregorio Estrada, Doctor Fourquet, 7, Madrid.





M. SALVI.

Ayuntamiento de Madrid

RECALO.
MAYO 1884

DE LOS NIÑOS.
ORDADOS.





1.



2.



3.



VERRUTIA



ESTUDIO DE DIBUJO DE PAISAJE.

Ayuntamiento de Madrid